

cadora de la mayoría de los Gobiernos, que desean que los niños crezcan conforme al patrón que han establecido para ellos mismos.

RABINDRANATH TAGORE

Alma Mater

(Una explicación)

El sentido clásico de la expresión *Alma Mater* es bien conocido. Con respecto al uso actual, dice la *Cyclopedia of Education*, de Monroe, vol. I, lo siguiente: «El término se aplica ahora como expresión de afecto al colegio o universidad a que se ha pertenecido. El uso es universal en las universidades inglesas, americanas y alemanas».

Como expresión de afecto al colegio a que pertenecieron suelen usar la expresión los graduados de la Escuela Normal. En el mismo sentido la empleaba don Ricardo Jiménez cuando en su conocida y excelente defensa del Colegio de Cartago lo llamaba su *Alma Mater*. Me parece que al llamarlo así no entendía ponerlo sobre otros con detrimento de éstos; y no sé yo que aplicándole la expresión a la Escuela Normal, sus graduados causen agravio a los demás colegios. De modo, pues, que ningún cargo les resulta a ellos ni le resulta a la Escuela de tal situación, sino que, al contrario, a la institución y a los alumnos les viene de ahí un elogio, ya que afirmando que la llaman *Alma Mater*, se establece tácitamente que ellos le guardan simpatía y que ella es capaz de inspirarla. Lo cual, será siempre motivo de orgullo para la institución.

De otra parte, conviene recordar que la expresión *Alma Mater* aparece en la primera estrofa del himno de la Escuela. Mejor dicho, inicia la estrofa:

«*Alma Mater*, venímos,
respetuosos tus hijos,
a ofrendarte con himnos
homenajes de amor».

Ese himno lo escribió en 1915 el profesor don Roberto Brenes Mesén, a pedido del entonces Director de la Escuela don Arturo Torres. Y si alguna insinuación hubo de hacerle el señor Torres al señor Brenes acerca de los versos, quizás fué precisamente la de que en ellos quedase presente la idea del *Alma Mater*. Al señor Torres le correspondió dirigir la Escuela durante el primer año de trabajo y siendo, como es, hombre científicamente preparado en educación, hombre de visión moderna, se propuso conseguir, desde el primer momento, que el plantel realizara su labor dentro de normas definidas con vista de objetivos pedagógicos y sociales técnicamente sustentados. El señor Torres había concluido recientemente sus estudios de educación en la Universidad de Columbia, donde fué discípulo nada menos que de profesores como John Dewey y Edward Thorndike, por ejemplo, y traía viva, en aptitud de ser fecunda, la noción de lo que allá es *Alma Mater*. El sabía lo que significan expresiones como *Columbia man* o *Harvard man*, y sabía cuánta importancia se le da en los países más cultos a lo que se llama «espíritu de institución». De ahí que él se empeñara en que todos sus trabajos de organización de la Escuela, tanto los relativos a aspectos fundamentales, como los de detalle, se caracterizaran por la tendencia a formarle un espíritu de institución. En otras palabras, él quería, como los Directores que lo sucedieron, que la Escuela llegase a reunir en su organismo, más que las condiciones de una casa de enseñanza, las de una fundación social.

Para el señor Torres el himno era el símbolo mejor de tales aspiraciones. Y la expresión *Alma Mater* las ha sintetizado de modo admirable, ya que, aparte del contenido espiritual que deriva de sus orígenes y de su historial, ha venido a ser para los estudiantes como otro nombre de la Escuela. Es, en efecto, el nombre que se invoca con solemnidad y fe cuando se insta a los alumnos a asumir tal o cual actitud, a sustentar determinado ideal, a realizar esta o aquella obra, a ser fieles, en suma, a la promesa que se recoge de ellos el día en que se les entrega su diploma.

Y la mayor de las preocupaciones que se han amparado a la invocación del *Alma Mater*, ha sido la de dignificar la misión del maestro. Cuanto en ese sentido se haya hecho, es obra plausible, dadas las circunstancias de que aparece rodeada la profesión en nuestro país, y si por exaltar al maestro, la Escuela se ha exaltado a sí misma, nada hay en ello que merezca reproches. Sobre todo si se considera—y consta en informes publicados y les consta a los alumnos—que la Escuela jamás ha ocultado sus deficiencias. Como no les ha ocultado a los alumnos cuáles son las deficiencias de la preparación que procura darles.

La obra del señor Brenes, Director en 1916, la del señor García Monge, Director en 1917, de la cual queda en la Escuela huella profunda, se inspiró también en la fe de vincular la vida de la institución a un sentido social de sus actividades. El señor Brenes se esforzó por elevar la visión de los alumnos hacia el concepto de un maestro capaz, por su vida y su obra, de ser el agente más eficaz de toda empresa de mejoramiento social. El señor García entendió siempre que la Escuela, como institución social, debía conectar su vida, directamente, y por medio de los alumnos graduados, a los intereses de la democracia, de su máxima cultura, en el país, y aun en el Continente. El inició en la Escuela los cultos de Bolívar y de Sarmiento. Tanto él, como el señor Torres, como el señor Brenes, como los actuales trabajadores de la Escuela, pusieron sus empeños bajo la custodia simbólica del *Alma Mater*.

Una escuela que ha procurado inspirar ideales, nobles inquietudes siquiera; una Escuela en la cual sólo por excepción ha habido castigos; que ha fomentado activamente la participación de los alumnos en su gobierno; que ha tratado de habituarlos a ayudarse mutuamente; que les ha permitido vivir como en un hogar; que se ha esforzado, contando muchas veces con el sacrificio de sus profesores, por auxiliar a los más pobres; que ha querido que en ella se viva con libertad y con alegría; que ha prolongado sus actividades más allá de las lecciones y de las aulas; una Escuela así ha tenido que llegar al resultado que se le reprocha: encontrarse al cabo rodeada de la estimación, si no de todos, de muchos de sus graduados.

Esa honrosísima estimación es la que le ha permitido, desde 1916, reunir una vez por año a sus graduados, en su Sala Magna; ella es la que ha logrado que los graduados organicen una sociedad [independiente y publiquen un periódico, *El Compañero*, ambos para trabajar en bien de su propio progreso profesional; ella es la que ha conseguido que buena porción de los alumnos graduados busque como comunicarse frecuentemente con el establecimiento; gracias a ella se ha dado el caso, por dos veces, de que alumnos graduados le devuelvan premios en dinero que han recibido; gracias a tal estimación ha sido posible que los alumnos la obsequien, el día de la asamblea anual, con joyas, libros, dinero, etc.

Los graduados la defienden de los ataques, y aun exageran los méritos al hacerlo; y, en cambio, es natural que cuando se les hostiliza busquen apoyo en su *Alma Mater*. Y este